



Íconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Cerbino, Mauro; Giunta, Isabella; Rodríguez, Ana; Mezzadra, Sandro
¿Qué significa hacer política? Poder constituyente y construcción del común. Un diálogo con Antonio
Negri

Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 46, mayo, 2013, pp. 113-127

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50926335008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Qué significa hacer política? Poder constituyente y construcción del común Un diálogo con Antonio Negri

*What means to do politics? Constituent power and
constitution of the common
A Dialogue with Antonio Negri*

Mauro Cerbino, Isabella Giunta y Ana Rodríguez,
con la participación de Sandro Mezzadra.

Mauro Cerbino: Para empezar deseamos realizar un excursus, una reflexión que tenga presente tanto aspectos biográficos como rasgos de tu producción teórica y que incluya, obviamente, una reflexión sobre el activismo y el compromiso político. Se trataría, pues, de una articulación entre estas tres cuestiones: la vida, el pensamiento teórico y la acción política.

113

Antonio Negri: Ante todo deberíamos distinguir la vida de la militancia y del estudio, que ya es bastante difícil...

Mauro Cerbino: Un aspecto concreto al respecto podría ser cómo se ha producido esta combinación entre la cátedra universitaria, al menos durante los años en los que enseñabas en Italia, y el compromiso político. No todos los catedráticos se caracterizan por conjugar docencia y activismo, y por ello creo que este es un aspecto en el que merece la pena profundizar.

Antonio Negri: Creo que ha sido posible gracias a la debilidad del control académico. En efecto, cuando he dado los primeros pasos como asistente para hacerme catedrático tuve que lidiar con la vieja academia, en la que la cooptación era un elemento absolutamente central del modelo. Tal sistema exigía una homogeneidad cultural importante, además de una cierta condición de clase predefinida. En otras palabras, era muy difícil que un pobre pudiese acceder a la carrera académica. El control del recorrido era fundamental, al igual que la ubicación política. ¿Cómo he logrado eludir el hecho de que provenía de una familia de clase media baja? ¿O el hecho de que fuese ya un militante socialista? Creo que ha sido la comunidad paduana la que me



ha permitido llegar hasta allí, junto al hecho de que la academia no creía seriamente que pudiese haber revolucionarios a la izquierda del Partido Comunista Italiano. Mi superior, que era un hombre muy liberal, se divertía afirmando que yo no era peligroso, ya que criticaba al Partido Comunista, mientras me tachaba de anarco-trotskista. Además de todo esto, a ello se sumaba obviamente una cierta capacidad de trabajo y la circunstancia de haber escrito en un periodo relativamente corto algunos textos importantes. Pero en el fondo creo que mi promoción científica se ha producido de forma bastante cómica desde el punto de vista académico: me consideraban no peligroso y me percibían como una especie de cobertura por el lado de la izquierda de su conservadurismo. Se dieron cuenta de que yo era alguien peligroso solo cuando comencé a construir un instituto que en absoluto era liberal: reuní a los mejores, que eran inevitablemente de izquierda y, por decirlo con otras palabras, gente «malvada».

En ese periodo, el Veneto —una extraña región italiana que hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial era fundamentalmente campesina y caracterizada por una fortísima migración— se encaminaba hacia la industrialización, al tiempo que las fuerzas de la izquierda comenzaban a organizarse. Me había afiliado al Partido Socialista, que era la opción mayoritaria en el Veneto, y por consiguiente más fuerte que el Partido Comunista. Debo aclarar, sin embargo, que en esa época el Partido Socialista se definía como “morandiano”, esto es, inspirado por Morandi, quien junto a Nenni había gestionado el frentismo, o sea, la formación de coaliciones políticas entre este y el Partido Comunista, de acuerdo con las técnicas frentistas característi-

cas de la década de 1930. Y he aquí que me encontré en esta formación, que bajo el falso nombre de Partido Socialista representaba, en realidad, la izquierda del Partido Comunista en el Veneto. Gracias al activismo y la vivacidad que me caracterizaban me convertí en el secretario de la Federación y, por lo tanto, asumí la dirección de un periodiquillo llamado el *Progresso Veneto*. En torno a esta publicación hice que se incrementara la intervención en las primeras fábricas de la zona. Téngase en cuenta, por ejemplo, que la Petroquímica de Marghera se creó en 1953 y que a finales de la década de 1960 contaba con cerca de 30 000 trabajadores. A finales de la década de 1950 considero este polo químico como el punto de referencia fundamental y lo tengo por consiguiente como el corazón del proceso industrial del Veneto. Al mismo tiempo, logro aproximarme a través de las organizaciones sindicales del Partido Socialista a algunos de los cuadros obreros activos en las fábricas. Comenzamos desde un gran distrito situado a orillas del río Brenta, compuesto de pequeñas fábricas dedicadas a la producción de botas, para pasar después a los establecimientos de Marghera. Sobre todo a la Vetrocok: una vieja fábrica dedicada a la producción de vidrio y de coque. Este último se utilizaba para calentar los hornos en los que se cocía un vidrio de calidad realmente excepcional. No es por azar que cuando más tarde llegaron los capitalistas belgas para comprar la fábrica a la Fiat, los obreros “profesionales” la destruyeran antes que se consumase la transacción... En esa ocasión, por primera vez, tuve la impresión de que comprendía lo que era verdaderamente la mutación de la composición de la fuerza de trabajo, concepto luego muy querido por mí. Podríamos ver cómo los artesanos comenzaban a soplar el vidrio para llegar posteriormente a controlar la cualidad de la producción industrial con la técnica del “tin” utilizando la cuchara, y así con otros muchos ejemplos. A continuación llegó la nueva industrial belga, que comenzó a producir vidrio sin prestar ninguna atención a la calidad, lo cual propició la revuelta de los obreros, que dijeron: “¡No, así no se hacen las cosas; nosotros somos nuestro trabajo y, por consiguiente, tenemos de él una altísima concepción!”. Y era increíble la fuerza que estos obreros podían ejercer mediante su capacidad de dirección –pensaban que la fábrica eran ellos– y la expresión de una altísima conciencia de su dignidad de trabajadores. Existían también otros sectores como, por ejemplo, los trabajadores portuarios de Génova o Venecia. Se trataba de esa vieja clase obrera con la que aprendías; o, más que aprender, lo que sucedía era que cogías las cosas que te había enseñado tu familia (el culto al trabajo y la dignidad, el progreso de la persona a través del trato con los trabajadores y la gente honesta) y los reintroducías en el seno de estos fenómenos colectivos. Acontecimientos que, por otro lado, se hallaban atravesados por una cierta continuidad pequeño-burguesa: los ideales de una estabilidad en la vida y de la dignidad del trabajo acompañaban a los comportamientos de clase que posteriormente se expresaban políticamente. El comunismo véneto era así; lo que hemos descrito era la primera fase, cuando existía “el norte” y “el sur” de la región. Al sur de Padua se encontraban las grandes propiedades de las

que huían los campesinos. Recuerdo que como estudiantes obtuvimos una pequeña financiación para realizar una investigación sobre la transformación de la agricultura y, por lo tanto, visitamos la zona afectada por la reforma agraria promovida por la Organización Nacional de Combatientes a principios de la década de 1920. Cerca de Arquá Petrarca existía una zona de casitas sobre la cuales destacaba un cartel en el que se podía leer «ONC, Organización Nacional de Combatientes». Esas tierras habían sido expropiadas y distribuidas por los fascistas entre 1926 y 1927. Pero en esos momentos esa colonización se hallaba ya prácticamente abandonada: los pequeños propietarios habían huido en su totalidad, lo cual demostraba la insostenibilidad de este tipo de hacienda agrícola en un mercado en desarrollo. Hicimos una encuesta a petición de Andreatta —que en esa época era asistente de Sociología de la Universidad Católica de Milán y que después fue varias veces ministro— y los resultados fueron publicados en la revista *Comunità di Olivetti*. Teníamos veinte años y estábamos todavía en la universidad. Después hemos realizado otras encuestas, ya que a fin de cuentas se trataba de un compromiso investigativo absolutamente ligado al trabajo de *Progresso Veneto* y del Partido.

Decíamos, pues, que en el sur de la provincia de Padua la situación era dantesca: casas sin pavimento y humedad hasta la mitad de las paredes, mientras que en el norte —de Padua, hacia Vicenza— se había difundido la cultura proletaria en el seno de un contexto de pequeñas fábricas metalmecánicas. Si después nos encaminábamos hacia Venecia, nos encontrábamos con la Petroquímica, acompañada por todo el resto de fábricas: se trataba de una concentración proletaria enorme, con la cual interactuaba otro eje que se estaba desarrollando hacia Udine y Pordenone. Se trataba de una zona constituida, por un lado, por enormes establecimientos dedicados a la construcción de muebles y, por otro, de la electromecánica para las neveras. En ese momento, entre 1958 y 1968, pusimos en pie una estructura de Autonomía Obrera organizada en pequeñas o grandes fábricas diseminadas por toda esa zona. Con nuestro compromiso uníamos, como puede comprobarse, actividad política autónoma (en esa época ya habíamos salido todos de los partidos oficiales y de los sindicatos), saber y capacidad de investigación. O mejor “coinvestigación”, investigación con los obreros: íbamos a las fábricas y realizábamos investigación con los obreros. De este modo, la investigación producía conocimiento, pero también ocasiones de lucha. Nunca fuimos a la Petroquímica para comprender únicamente cuál era el flujo de la producción. En realidad, intentábamos comprender cómo los obreros se colocaban en esa cadena para individualizar el punto débil donde golpear mejor a la fábrica y, por consiguiente, al patrón. O sea, para organizar la lucha.

Mauro Cerbino: En cuanto al método de la investigación, podemos decir que hay un investigador y un objeto de investigación que únicamente en el mejor de los casos puede definirse como sujeto de la misma. Con frecuencia se produce una separación

a toda regla entre el investigador y aquellos que son observados e interrogados: en otras palabras, entre sujeto y objeto de la investigación científica y social. ¿Cómo has vivido tú esta relación?

Antonio Negri: La separación existía pero se materializaba en términos absolutamente positivos y sin que el objeto fuese jamás abandonado. Concluido el periplo, el objeto se había transformado y se convertía en el actor de tu investigación y, por consiguiente, de tu toma de conciencia. Cuando hablabas con el obrero en la fábrica, primero te contaba cómo trabajaba, después le preguntabas qué sentía y qué significaba para él volver a casa o retornar al trabajo; en suma, te informabas sobre el modo de producción y sobre las formas de vida. En tercer lugar, hacías que te describiera su sociedad política, que era esencialmente sindical y, finalmente, le preguntabas cómo estaba marchando la lucha, dado que la fábrica es un lugar de lucha, ¡o por lo menos en esa época lo era! Y en ese momento, al haber construido ese tipo de diálogo, de hecho habían construido juntos la lucha, aunque luego la protagonizase él. Ibas a distribuir panfletos fuera de la fábrica y de este modo él se convertía en tu patrón y tú en su objeto, porque la lucha la hacía él. Era él quien se “había subjetivizado”, tú únicamente habías contribuido a su subjetivización.

El proyecto de investigación, si no es esto, ¿qué demonios es? Si miras cualquier cosa y el hacerlo no te cambia, eso quiere decir que tú o la cosa están muertos: únicamente cuando logras construir un lenguaje común con una acción consecuente haces ciencia. Nosotros, en el fondo, éramos paradójicamente ayudados por la inexistencia de modelos y por el hecho de que nos movíamos en un terreno virgen, dado que la sociología no había aparecido todavía en Italia; al mismo tiempo, tampoco existía una política autónoma. La política en esa época era tan solo parlamentaria... Hemos logrado anudar estos elementos, efectuando una verdadera y propia transformación del marxismo, que ha sido en realidad mucho más importante que una simple relectura de Marx.

Ha sido un milagro. Los conocimientos más diversos —la filosofía, el marxismo, la sociología, la literatura, el cine y todos los demás que cada uno poseía e incorporaba— eran objeto de nuestra pesquisa. Los jóvenes intentaban una experiencia revolucionaria, teórica y práctica. En Milán, por ejemplo, en la comuna de Via Sirtori se encontraban normalmente una decena de compañeros. Por allí pasaba Peci, profesor de filosofía de la *Università Statale*, que había redescubierto la fenomenología y hablaba de la inmersión en el objeto y en la realidad objetual y de cómo la idea ideada podía convertirse en idea operada. En ese espacio, por consiguiente, se había difundido un conocimiento de la fenomenología más reciente y avanzada, y en particular de los escritos de Husserl, conservados en Lovaina y que en esa época eran recuperados también en Francia. Así, podemos observar que el libro del vietnamita Tran Duc Thao, que trabajaba en la Sorbona antes de volver a su país a combatir contra el imperialismo, es totalmente análogo a los trabajos de Dagbini, de Neri, de Bonomi y de otros

compañeros que vivían en esa comuna y que por la mañana hacían su trabajo revolucionario en la Pirelli o en la Alfa Romeo. Via Sirtori era visitada también por Panzieri, que trabajaba como editor en Einaudi, tras haber sido dirigente del Partido Socialista, y que se ocupaba además de los *Quaderni Rossi*. Por la comuna pasaban también las chicas que fundarían después el feminismo en Italia y que pertenecían esencialmente al círculo de la Muraro, de la Passerini y de la Biblioteca de las Mujeres. Igualmente la visitábamos nosotros, los venecianos, llamados los *praticoni* [“practicones”], porque protagonizábamos luchas: en realidad, éramos los únicos que estábamos inmersos en luchas de carácter organizado. No podemos olvidar ciertamente que además de nosotros estaba el grupo de Alquati de Turín: este nos había enseñado cómo la conciencia subjetiva podía desobjetivizarse en el seno de la cuestión obrera y social, pero funcionaba únicamente siguiendo los grandes flujos de la forma trabajo industrial. La FIAT de Turín constituía un bloque tan enorme y consolidado que no ofrecía posibilidad alguna de inserción, sino mediante la forma de una vanguardia y, por lo tanto, captando tan solo alguno de los hilos de la conexión general de los movimientos...

Mauro Cerbino: ¿Es posible encontrar una continuidad entre las reflexiones de esa época, que has descrito parcialmente, por ejemplo, en torno a la fuerza trabajo, con las más recientes? Hay quien sostiene la hipótesis de una especie de cambio de vertiente entre un Negri 1 y un Negri 2 a partir de *Imperio*, ¿es así?

Antonio Negri: Yo diría que no, no en ese punto al menos. Más bien podríamos hablar de una división de un Negri 1 y un Negri 2, que pasa fundamentalmente a través de la cárcel. Está claro que estando preso no podía ir a la fábrica o continuar haciendo investigación obrera; y, por lo tanto, no sabiendo qué hacer me puse a estudiar filosofía, retomando mis estudios iniciales. En realidad, ha habido una gran continuidad también en mis estudios. Si se observa mi bibliografía se percibe que desde 1958 a 1962 realizo una serie de trabajos en torno a Hegel y al historicismo alemán; en otras palabras, construyo una base lingüística que me permite penetrar el mundo académico. A este respecto quiero ser claro, sin embargo: nunca he aspirado a ser un “maestro”, esto es, el académico que considera su trabajo ilustre para la ciencia; para mí, el objetivo radicaba en conquistar una autonomía personal y el dinero suficiente para vivir y mantener una familia. En suma, para poder hacer cosas normales, para vivir libremente.

Después, en 1962, me paro y no publico nada hasta después de 1968. En esta fase, desde 1964, comienzo a estudiar a Marx y de hecho desplazo el eje de mi interés hacia el marxismo y transformo lo que constituía mi conocimiento académico hasta entonces centrado en la filosofía del derecho. Los libros sobre la “forma Estado” recogen los estudios que realizo silenciosamente durante esos años, en los que publico únicamente algún que otro artículo, construyendo una crítica marxista de tipo nuevo del derecho y del constitucionalismo moderno.



Tras este periodo en 1968 publico dos artículos importantes sobre Keynes y sobre Marx y la crisis. En la práctica vivo diez años de conversión, la década de 1960, seguidos de un decenio de exclusiva militancia, la década de 1970, y los libros publicados en esta segunda fase representan verdaderos y propios documentos de esa militancia. Después vienen los diez años de cárcel y los primeros años de exilio durante los que he intentado recuperarme, y que en su conjunto han sido durísimos. En esta fase comienzo a construir lo que has definido infelizmente como el segundo Negri.

En realidad, hay continuidad entre mi lectura de Spinoza y la de algunos franceses (Matheron, Deleuze) realizada en ese periodo. Por otro lado, no creo que mi *Marx oltre Marx* (1979) sea muy diferente del libro sobre Spinoza (1981). Las ideas de “fuerza de trabajo” y de “trabajo vivo” que organizan diversas figuras de mi investigación son en el fondo un curso de fenomenología de la constitución ontológica. El concepto de composición obrera técnica y política, que en realidad podría definirse también como composición material e histórica de la forma trabajo, conlleva una serie de cuestiones contenidas todas ellas en ese discurso constituyente, nunca vitalista, organizado históricamente en secciones y estructuras y no ciertamente en flujos. Mi discurso de entonces corresponde íntegramente a la mejor producción filosófica del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, capaz de reabsorber, por un lado, la antropología alemana y, por otro, la renovación de las teorías de la lucha de clases que se habían producido en Francia.



Mauro Cerbino: Quiero aclarar que no pretendía afirmar que exista un Negri 1 y un Negri 2, sino observar lo que algunos han planteado...

Antonio Negri: Sí, ¡hay un Negri que conoce el éxito y otro que va a la cárcel! (*risas*). Un Negri que tiene éxito, si bien no se comprende muy bien por qué,

dado que en el fondo lo que escribimos en *Imperio* eran deducciones bastante banales de un gran trabajo hecho antes (y condenado por los tribunales y por la universidad). Quizá el libro ha tenido un éxito tan enorme porque ha contrariado...

Mauro Cerbino: Hay quien sostiene que en cierto momento has optado por una reinterpretación más “*soft*” del marxismo o según otros más maliciosos por un abandono en toda regla del mismo. En otras palabras, el cambio de vertiente entre un antes y un después estaría representado por un cambio en la relación con Marx y el marxismo después de *Imperio*...

Antonio Negri: La sensación que he tenido desde el principio es que Marx era un autor enorme pero no un evangelio. Si Marx podía ser útil para el desarrollo de la lucha de clases no era ciertamente en la forma en que lo presentaba, por ejemplo, el Partido Comunista Italiano. Mi opción de ir a las fábricas en vez de a las secciones del Partido se remite precisamente a una lectura de Marx efectuada de modo innovador respecto a la interpretación más tradicional. Debo indicar netamente que me he hecho marxista después de 1962-1963 y que, por consiguiente, tenía ya treinta años cuando he comenzado a leer a Marx. He pasado un año entero leyendo *El capital*, de la primera palabra a la última, y confeccionando fichas, interrelacionadas entre ellas, que todavía utilizo cuando debo escribir un artículo para el que pienso que me son útiles. Para mí, por lo tanto, Marx ha sido una clave para explicar/comprender ciertos problemas, en particular el relanzamiento de la lucha de clases en Italia, en ese ámbito “reducido” que era el mío, pero en esa “gran” dimensión constituida por el debate continuado después de 1968. Tengo, pues, precedencia respecto a tantos otros que a partir de ese año han generalizado un planteamiento de este tipo. Las otras grandes temáticas provenían de la cultura contemporánea, que yo jamás he despreciado, sobre todo la más significativa. Recuerdo el saqueo que hicimos de la

sociología, de los Moreno, desde las técnicas de encuesta hasta la autoencuesta y la encuesta de grupo, para llegar después a los Merton y los Parsons, por no hablar de la sociología alemana, de Mannheim y de la ciencia social socialdemócrata, etc. Se trata en general de contribuciones que hemos absorbido. Por otro lado, se plantea otra cuestión verdaderamente importante, sobre todo cuando comienzo a dirigir el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua: en mi diálogo permanente con la veintena de compañeros que trabajaban en el mismo, ninguno de nosotros se convirtió jamás en especialista en cuestión alguna; por el contrario, evitábamos con esmero la especialización académica. En el centro bullían siempre los problemas y en torno a ellos cada uno hacía su contribución, lo cual evidentemente no excluía la posibilidad de preparar bibliografías completas o que alguno se especializase en ciertos aspectos del trabajo. Sin embargo, creo que el trabajo científico, entendido en sentido positivo, debe ser sobre todo eso: relación con los problemas, con los grandes problemas políticos o civiles.

Sandro Mezzadra: Para concluir este discurso, en mi opinión sería oportuno llevarlo hasta hoy, partiendo precisamente de esta libertad originaria respecto a Marx. Igualmente, todo lo que decías sobre la gran cultura “burguesa” es realmente peculiar de esa experiencia respecto a los marxismos más conocidos.

121

Antonio Negri: Desde luego. Si hay algo que todavía hoy me asombra en la lectura de los marxistas, aunque en ocasiones se trate de compañeros brillantísimos, es que el discurso con frecuencia no avanza y si logra hacerlo permanece, en todo caso, en el ámbito de los presupuestos. Sin embargo, la investigación no es jamás el presupuesto, sino el resultado. Algunas veces puede llegarse a producir cosas nuevas aun siendo grandes diletantes; y en este sentido no importa gran cosa la corrección del camino. La teología o el derecho parecen dúctiles respecto al trabajo hermenéutico de muchos marxistas, pero nuestro marxismo no es deductivo sino totalmente inductivo: una capacidad de investigar que quiere fijar, siempre, abstracciones determinadas. En otras palabras, se trata de una capacidad de imaginar hipótesis para verificarlas. Y desde este punto de vista resulta esencial y fundamental recurrir al saber en general, integrar los análisis del desarrollo de la lucha de clases con los de las formas de vida, el conocimiento del sufrimiento y del rechazo al trabajo con la imaginación de un mundo por reconstruir. La gran literatura ayuda con frecuencia a ello.

Continuando con mi historia, durante las décadas de 1980 y 1990, tras los primeros años de exilio, extremadamente difíciles, he encontrado en París un grupo de compañeros con los que he editado una revista, *Futur antérieur*, en torno a la cual hemos planteado las grandes cuestiones de la revolución neoliberal. Eran los años en los que, pasada la crisis del mundo socialista, emergía ese fenómeno bidimensional constituido, por un lado, por la globalización económica y, por otro, por la crisis defi-

nitiva de la socialdemocracia convertida en neoliberal. A fin de cuentas en ese periodo surgieron Thatcher y el blairismo. Dicho de otra forma, se ha verificado un desplazamiento del horizonte político que representaba una regresión en toda regla respecto a nuestra prospectiva. En ese momento se trataba de verificar qué había sucedido y en realidad comprender, respecto de la globalización, cuáles podrían ser las líneas de conducta y el nuevo análisis capaz de reformar lo existente. Hemos comenzado en ese momento a buscar indicaciones allí donde las hubiera...

Ana Rodríguez: Me llama la atención la relación con los obreros y la manera de construirla a partir de un horizonte de lucha. Imagino que a lo largo de tu vida estas relaciones habrán cambiado. Ha habido numerosos teóricos que han pensado en cómo se construye esta relación y en las formas que asume. ¿Cómo era para ti esa relación en la década de 1950, cómo ha sido después y cómo es ahora? ¿En virtud de qué intensidades, con qué ritmos y formas de interacción, con qué afectos, distanciamientos y proximidades se ha definido el diálogo?

Antonio Negri: En efecto, se ha producido una profunda transformación que, como digo siempre, depende de tu evolución personal y del lugar en que te sitúes, así como del hecho de que el interlocutor mismo muta. En este sentido, no cabe duda de que durante las décadas de 1950 y 1960, hasta 1968, la relación de clase ha sido corporizada en términos de proximidad espacial y de continuidad temporal. En esa fase la construcción de grupo ha sido extremadamente importante y con ella las técnicas para realizarla: cómo se producen el panfleto y el periódico, cómo se distribuyen, cómo se organizan los contactos. Y ello se ha convertido en una máquina extremadamente activa. Desde este punto de vista siempre he encontrado con Felix Guattari y Gilles Deleuze, pero sobre todo con el primero, una enorme proximidad. También él, nacido como agitador, había cargado después con ese equipaje y, por consiguiente, había profundizado en él a través del campo clínico; por otro lado, la proximidad entre la clínica política y la clínica psiquiátrica resultaba muy importante y él exaltaba la proximidad, la relación y la palabra. No cabe duda de que durante la década de 1960 surge la obligación de confrontarse con los movimientos, que representaban un nivel mucho más alto del discurso, y que estaban atravesados, clínicamente, por la crisis.

La construcción de Potere Operaio implicaba, en realidad, una continuidad de la relación entre militantes en el grupo y en su dirección. De repente, nos encontramos frente a una espacialidad y a una temporalidad completamente renovadas: se trataba de moverse sobre todo el territorio italiano y de asumir una temporalidad balizada por las grandes citas de las elecciones, los convenios colectivos firmados por los sindicatos, las grandes manifestaciones y el resto de convulsiones políticas. En esta perspectiva, creo que en Potere Operaio siempre ha existido la capacidad de mantener un autocontrol que correspondía a las dimensiones del debate. El hecho

de haber disuelto la organización para abrir el proceso de la Autonomía Obrera en torno a 1973 obedeció precisamente a la percepción de que el grupo dirigente había dejado de corresponder de manera adecuada a la nueva dimensión de los problemas y a la proliferación de las luchas. Y que, por consiguiente, era necesario asumir la expansión, no ya concentrando sino aceptando distribuir la conciencia y de recuperarla de modo general, lo cual se ha complicado evidentemente, más todavía con el surgimiento de la crisis interna de los movimientos y de las alternativas entre las teorías a largo plazo y las prácticas de la lucha armada, de impacto inmediato. Creo que este problema, que continua siendo fundamental para la teoría de la organización, todavía no ha sido resuelto.

Isabella Giunta: En el marco de este diálogo con los movimientos y con las realidades de las luchas que has estudiado y con las cuales has interactuado, ¿cómo se ha transformado el concepto de poder constituyente que atraviesa tu trabajo? Y sobre todo, ¿cómo ha mutado, junto con este, el discurso sobre la construcción de la subjetividad política? Pienso, por ejemplo, en lo que has declarado estos días y en tu insistencia en “excluir toda acusación de un planteamiento anarquista” para lo cual concedes mucha importancia a la institucionalización de lo común... ¿De qué forma la lectura de los procesos y la interacción con los mismos ha influido sobre tu idea de poder constituyente, sobre el concepto de composición política y sobre las formas organizativas deseables?

123

Antonio Negri: Esto tiene mucho que ver con, digámoslo así, la continuidad del discurso teórico-político. Decía hace un instante que mi estancia en la cárcel ha supuesto un momento casi exclusivo de reflexión teórica en el que he intentado dotar de espesor materialista al análisis de los grandes fenómenos de la autonomía obrera (a este respecto, he encontrado sin duda algunas importantes claves interpretativas en Spinoza). Una de ellas era evidentemente la dimensión “metafísica” de esta absoluta de la existencia, que constituye un elemento fundamental que desbarata y elimina toda hipótesis de pecado original, de la presencia de un mal inevitable de limitación individual y, por lo tanto, de la urgencia de unidad. Se plantea como se plantea, esta investigación proporciona el sentido de la vida y del hacer. Es de todas formas una opción metafísica y en cuanto tal contestable. Sin embargo, me parecía que respondía efectivamente a la historia de la autonomía y que esta última no podía existir fuera de ella. Que es como decir: la autonomía es la forma política del spinozismo. Es, por consiguiente, una historia de los conceptos de libertad, de construcción, de producción y de subjetividad, obviamente cargados de absolutez. Y se trataba de un punto de vista a partir del cual podía reasumir el discurso del *operaismo* y escribir el libro sobre el poder constituyente, que reconstruía la historia de las instituciones políticas a partir de la definición de un instituto, el del poder constituyente precisamente, que se

había manifestado en las revoluciones de la modernidad. El poder constituyente fue así una tentativa de verificar en el terreno institucional las hipótesis siguientes: que el derecho y la potencia de vivir eran la misma cosa, la cual es una afirmación típicamente spinozista; que la singularidad, no la individualidad, era fundamental; que el concepto de multitud cobraba una importancia esencial; que las formas de poder no podían sino producirse desde abajo y que toda legitimidad de un organismo legal se hallaba determinada por ese movimiento.

Así, pues, libertad, igualdad y productividad se convierten de este modo en algo absolutamente fundamental. El discurso sobre el poder constituyente se concentraba en torno a episodios históricos específicos —la constitución maquiaveliana del Príncipe, la Revolución inglesa, la Revolución francesa, la Revolución americana, la Revolución rusa— y especificaba la renovación teórica del poder constituyente con un análisis histórico de cuanto había sucedido en este sentido.

No es de extrañar, por lo tanto, que siento que cuando se cita mi libro *Il potere costituente*, también aquí en Ecuador, me parece que se hace de forma extremadamente reductiva respecto a mi discurso sobre el poder constituyente y a la definición de su realidad ontológica. Con mucha frecuencia, cuando nos referimos al poder constituyente, lo hacemos recurriendo a formas superficiales y a definiciones de catálogos de derechos más o menos naturales, más o menos constituidos. Me parece más importante captar en el poder constituyente esa dimensión fundamental que se refiere al trabajo, por un lado, y que es ontológica, por otro.

La discusión se ha enfrentado durante la década de 1990 con las modificaciones del orden mundial y de ahí ha surgido una nueva tentativa de definición del poder constituyente centrado, ante todo en la descripción de lo que estaba sucediendo. Se trataba de tomar como punto de partida un concepto nuevo y absolutamente central: ¡estábamos entrando en un nuevo paradigma! *Imperio* no es simplemente un escrito sobre la globalización y sobre las formas políticas del poder de mando global. La cuestión interesante en *Imperio*, que han comprendido quienes lo han deseado, era el hecho de que nos encontrábamos en un mundo completamente diverso: habíamos salido de la modernidad. Este era el significado del libro *Imperio*: ¿qué cosa quería decir salir de la modernidad, de los Estados-nación, de la fábrica, de los conceptos de burguesía y de sociedad civil? Esto era lo que se preguntaba *Imperio* y quien quiso leerlo lo ha comprendido; mucha gente no ha leído el libro y se ha limitado al título, no siendo una mera casualidad, por consiguiente, que haya tenido poquísimas críticas pertinentes dirigidas a sus contenidos. El éxito de *Imperio* reside en el hecho de que hoy los paradigmas contenidos en el mismo no pueden dejar de ser tenidos en cuenta. *Imperio* ha servido para esto, para poner en evidencia como Thatcher, Blair o los socialdemócratas navegan ahora en la misma barca. Habían comprendido inmediatamente que había cambiado todo; los comunistas, por el contrario, no habían comprendido que hacer la revolución en un solo país no solo era idiota, sino directamen-

te inconcebible. ¿Cómo se podía seguir pensando que el patrón era tu enemigo directo cuando el capital financiero comenzaba a imponer su poder? ¿O cómo pensar que no había cambiado nada ante el fenómeno de las increíbles e inesperadas migraciones acaecidas durante los últimos años, que han cambiado el rostro de las ciudades europeas? ¿Y de qué sirve



hablar en este contexto de clase obrera? Lo mínimo que podías hacer era analizar la realidad en términos de multitudes, entendidas como grupos interactuantes, aunque no llegases a la singularidad... Cuando pensabas en las estructuras políticas, ¿qué se te ocurría hacer con las estructuras de la modernidad, incluidas las del poder constituyente? Y esto para decir que también el poder constituyente es una simplificación...

125

Isabella Giunta: Quedaría pendiente discutir el asunto de la institucionalización de lo común y de la forma organizativa, pero se ha hecho tarde...

Mauro Cerbino: Y de la institucionalización del poder constituyente, dado que es preciso aclarar que las experiencias de América Latina, en absoluto, pueden agotar el empuje o el ejercicio del poder constituyente... Me gustaría inspirarme en tu idea de una especie de aplicación del método inductivo a la investigación social para ponerlo en relación y repensarlo respecto a América Latina, dado que desde hace algunos años, una decena quizá, has demostrado un particular interés hacia esta región. ¿Has imaginado y construido hipótesis para después no únicamente calibrar cosas ya pensadas (teorías y conceptos) en el “laboratorio latinoamericano”, sino también para hacerte invadir por la dimensión empírica de América Latina?

Antonio Negri: El discurso sobre América Latina provenía de la reflexión en torno a esta pregunta: “¿qué significa hoy hacer política? Significa tomar el poder”. Ante todo se trata de un discurso difícil de hacer, porque careces de los instrumentos para lograr ese objetivo. Y, en segundo lugar, la idea de “tomar el poder” se enfrenta con una dimensión de mediación: la acción del partido es en realidad una acción política que resulta reductiva y bloquea el conjunto de posibilidades... La única alternativa que se vislumbraba, por consiguiente, era la de un contrapoder de movimiento. Al

mismo tiempo, sin embargo, te dabas cuenta de manera cada vez más intensa de que la propia estructura del Estado ya no lograba sostenerse ni actuar de forma unitaria y de que se hallaba en proceso de disgregación sin que ello significase, no obstante, negar que existiese obviamente una continuidad de su capacidad de ejercer el poder. En todo caso, percibías que las estructuras del derecho se hacían más complejas y se descomponían de manera increíble. Frente a estos fenómenos, la experiencia de América Latina emerge y es leída por mí desde la óptica de una teoría de contrapoderes que desde el plano social influyen intensamente en los gobiernos. Una especie de nacimiento de contrapoderes adecuados, simultáneamente, tanto a la nueva forma de la globalización (por lo tanto, de un poder que no podía ser considerado en sí mismo, sino gestionado en su complejidad), como a la disgregación de los momentos de derecho y de *governance* caótica y, por consiguiente, dotados de una capacidad de ruptura y de lección constituyente. Nos parecía que era posible vislumbrar un movimiento general capaz de oponerse, en la forma de un contrapoder al poder capitalista y estatal, y de desarrollarse atravesando estabilidades diversas y dialécticas distorsionadas, de manera que el contrapoder se convertía en elemento de una forma general de gobierno. En estos términos ha sido interpretada la realidad latinoamericana. Y en este punto afloran los grandes fenómenos, en particular Lula y el 2001 argentino, que considero esenciales y que confirman la hipótesis. Lula es el clásico ejemplo de una formidable capacidad de construir una nueva forma de gobierno a partir de los movimientos, empezando por el movimiento obrero, pero no solo este. Se trataba, en efecto, de movimientos multitudinarios entendidos como un conglomerado de contrapoderes: movimiento de las favelas, movimiento obrero, movimiento de clase industrial, movimientos de los sin tierra, por citar únicamente las realidades más centrales. La inteligencia política, así como estratégica y jurídica, consistió en hacer que la presión de los movimientos y las posibilidades generales de la acción de gobierno funcionaran conjuntamente con una multiplicación de capacidades formidable, descubriendo de ese modo la que en el fondo es una nueva clave del concepto mismo de producción: si no haces que las fuerza de los movimientos sean productivas, entonces fracasas; si tomas los movimientos simplemente como elemento político acabas por anularlos o neutralizarlos. Por el contrario, la propia potencia productiva radica en los movimientos y únicamente comprometiéndolos se activa la productividad general del sistema. La cuestión central ha sido verdaderamente esta. Después se ha verificado la experiencia argentina, o sea, la paradoja extrema de esta nueva coyuntura: ¡la situación en la que el Estado salta y los movimientos lo recomponen en una especie de reinención de su “máquina”! Hemos sido testigos después de otros casos como el fracaso, por ejemplo, del experimento de Chávez, que ha representado el desafío del viejo socialismo. Desde un principio, hemos expresado un juicio negativo sobre el mismo, ya que nos ha parecido que repetía movimientos ya conocidos: explotación del petróleo, distribución del dinero, convivencia con el capitalismo. Se trata de un

proceso incapaz de determinar un modelo productivo alternativo y que, por consiguiente, acaba por aplastar a los movimientos cuando estos expresan su desacuerdo.

En sustancia, nuestro interés respecto al “laboratorio latinoamericano” se explica por la emergencia de un nuevo modelo de *governance*, contemplado desde todos sus matices. O sea, un modelo de renovación de la transición comunista. ¿Qué es lo común? Dicho brevemente es el conjunto de todas las condiciones que permiten esta transición. Lo común, en realidad, no son solo los bienes comunes, ya que un “bien común”, por ejemplo el agua, acaba siendo transformado en mercancía siempre que el debate gire exclusivamente en torno a su privatización o “publicización”. Nuestro problema, por el contrario, es que el agua se convierta en un elemento de producción y, por consiguiente, se inserte como tal en un mecanismo político de apropiación y de gestión. Y ello vale para todos los bienes naturales. Nuestra posición respecto a la ecología reside precisamente ahí: creemos que la naturaleza tiene interés para lo político únicamente en la medida en que se convierte en productiva. Pero también aquí el problema es ¿de qué manera haces que sea productiva? ¿Para el beneficio o para una producción del ser humano para el ser humano?

Traducción del italiano: Carlos Prieto del Campo